

de que el Estado se posesionó de los ferrocarriles, desde que el indio tuvo derechos y propiedad, cesando de ser cosa, desde que se legisló sobre el petróleo en sentido nacional, los Estados Unidos descubrieron que México era un país de bandoleros. Eso vienen repitiendo hace diez años. Y hace diez años Europa—sin exceptuar a España—viene repitiendo lo que le inculcan los yanquis.

Pues bien: yo digo que esos bandidos son admirables. Hombres de guerra, hombres de revolución, ajenos a toda norma y práctica de gobierno, llegan al Poder, y en el Poder se conducen, principalmente frente a la política corruptora o amenazante de los Estados Unidos, con una cordura, con una sagacidad, con un patriotismo y, sobre todo, con una energía que son dignos de la más profunda admiración y del más profundo respeto.

Un bandido, como aquel Carranza de ayer y como este Obregón de hoy: esos son los hombres fuertes, los hombres guías, los hombres que producen los pueblos en momentos de apuro para poder salvarse e imponer nuevos ideales.

¿Qué sabe el público español de las luchas que han sostenido, y sostienen tan bien masculados varones? Nada. Los cables solo nos cuentan las partidas de boxeo celebradas en Chicago, o que ardió un vagón del ferrocarril en Baltimore o que en California se produjo una manzana «the greatest in the world».

Porque los verdaderos rastacueros son esos yanquis, cuyas cosas son—dicen ellos—las mayores y mejores del mundo, «best and greatest in the world». Pero tienen cien millones, dinero, barcos de guerra: Francia no puede ver en ellos nada ridículo. Al contrario: les ruega que le perdonen lo que les debe, pretensión que hace reír a los yanquis; les envía a Briand a mendigar una alianza que ellos no conceden; envía a Clemenceau para pedirles que juzguen las diferencias de Francia con Alemania. Y Clemenceau, el llamado tigre, convertido en viejo cordero enmascarado, somete toda la política francesa al juicio de los Estados Unidos con estas palabras de sumisión: «Jugez, américains».

Entre tanto, una parte de la Prensa francesa—baste citar al simpático «Matin»—se convierte en eco de la propaganda yanqui de descrédito con respecto a la América; y la Cancillería francesa, ¿cómo vacilará en reconocer a los Estados Unidos un derecho político en el nuevo mundo?

Sí; tanto España como América necesitan organizar su propaganda para desvirtuar la ajena. Y lo primero que necesitan son cables, Prensa, agencias de información oficial. Esas son las armas de la paz, que también triunfan en la guerra. Ya veremos adónde conduce el no tenerlas.

R. BLANCO FOMBONA.

recogen con ello sino la justa recompensa de su esfuerzo y civismo. Tanto familias ricas como pobres reclaman sitios para cultivarlos con sus propias manos. Pagan sólo un dólar por el sitio y otro dólar por arriendo de herramientas, y el promedio de la cosecha de cada sitio ha sido de medio centenar de dólares. No es esta una institución de caridad, es una institución cívica para hermostrar la ciudad y aprovechar los terrenos perdidos.

Los propietarios no tienen ninguna razón para negarse a conceder estos sitios que van a ser aprovechados y hermostrados, siendo así que ellos los tienen abandonados, afeando el vecindario.

Para el cultivo de estos sitios se asocian a veces algunos vecinos, lo que les da una entretención amena para sus ratos desocupados y contribuye a cimentar amistades. El cultivo de estos terrenos hace que los que trabajan en las fábricas u oficinas de la ciudad alternen sus ocupaciones sedentarias. El cultivo de la tierra enseña a los habitantes de la ciudad a amar los árboles y cuidar por su preservación y hermostramiento. El cultivo de estos sitios es un incentivo para que los niños trabajen en faenas saludables y alegres.

Por poco que se considere el problema, se comprenderá cuántas ventajas se derivan del sistema de cultivar los lotes desocupados bajo la dirección de un club especial: salud para todos, sociabilidad para los vecinos, educación e higiene para los niños, dinero ganado para las familias, fragancia y hermosura para las calles de la ciudad.

(De la Revista de Educación Nacional. Santiago de Chile).

Jardines y huertos en los sitios desocupados

[En cada ciudad hay numerosos sitios desocupados que podrían producir flores o legumbres. En muchas ciudades de los EE. UU. hay organizaciones que fomentan el cultivo de esos sitios y ayudan a los niños y a las familias a sembrar y cultivar esos terrenos, proporcionando herramientas y dando instrucciones, por una modesta cuota, lo que da un beneficio positivo a los que se dedican a esta hermosa tarea y contribuye a aumentar la belleza de las calles.]

NUNCA, lector, cuando andas a lo largo de la calle en que vives, y cuando pasas al frente de los sitios desocupados que esperan el tardío comprador, nunca te has detenido a pensar en el terreno que allí se pierde, que podría dar rosas o coliflores?

Por si tienes tú algo dentro de ti que te impulse a obrar, a construir; por si no eres un simple espectador de la vida, por si comprendes tú que más que censurar, quejarte y maldecir de todo, te corresponde trabajar, te voy a decir lo que se hace en muchas ciudades de los Estados Unidos con esos terrenos desocupados, lo que tú podrías esforzarte por que se hiciera también en tu patria.

En muchas ciudades hay organiza-

ciones especiales para fomentar el cultivo de los sitios desocupados. Por un dólar, o poco más, los clubs ponen a disposición de una familia de cinco personas un sitio desocupado, el cual lo dan arado y perfectamente listo para sembrarlo; dan las semillas para legumbres y flores; dan instrucciones detalladas en cuanto al trabajo, manera de sembrar y cultivar; dirigen técnicamente a estos cultivadores improvisados, y distribuyen además premios entre los que cultivan de la mejor manera el sitio que se les ha dado.

El espíritu que ha movido a los pobladores a cultivar los jardines es ante todo un espíritu cívico; ayudan a hermostrar la ciudad. Si además cultivan legumbres para proveer a la mesa, no

¡La oportunidad!

¡La oportunidad! ¿Qué será eso de la oportunidad, para estadistas pusilánimes? Cuando los problemas políticos que un Gobierno debe resolver son muchos, es cómodo declarar inoportuno al principal de todos ellos, para excusarse de resolverlo. Y cuando se atraviesa una época de calma, sin problemas urgentes, ¿no será más cómodo todavía declarar que es absurdo crearse problemas inexistentes, interrumpiendo esa paz octaviana? ¡La oportunidad! Si la diferimos hasta un porvenir vago, hasta las calendas griegas, es evidente que el estadista tímido jamás la encontraría, como Bertoldo no encontraba el árbol para ser ahorcado. El verdadero valor de los políticos se mide por su audacia en saber ser oportunos.

GABRIEL ALOMAR